

La Autonomía Universitaria

VENEZUELA

CON el último conflicto universitario culmina una larga serie de disturbios estudiantiles, que llevan las de nunca acabar. El público sospecha que algo va mal en la Universidad, y los preocupados se ingenian por descubrir cuáles pueden ser los factores de perturbación. Es el momento, creo yo, de plantearnos con toda seriedad y honradez dos cuestiones fundamentales, alrededor de las cuales se han puesto tantas ilusiones en otros tiempos: la autonomía universitaria y la gratuidad de la enseñanza superior.

Ambos principios son banderas agitadas en Venezuela por los partidos progresistas y liberales, el segundo, tradicionalmente, desde la guerra de Federación y la época de Guzmán Blanco, el primero hace poco, a raíz de la muerte de Gómez. Ambos están íntimamente ligados con nuestro concepto de la democracia; mejor diré, con nuestra hipersensibilidad democrática.

Vivimos empeñados en ser, o en aparentar ser, ante el mundo entero y ante nosotros mismos, el pueblo más demócrata del mundo, y por ello abrazamos con ardor las teorías que consideramos avanzadas en cualquier terreno, inclusive en la educación. Pero, como, por otro lado, no podemos menos de confesarnos, en nuestro fuero interno, que andamos todavía muy lejos del sentido profundo y sustantivo de la Democracia, eso que forma la médula de una sociedad, colocamos toda nuestra pasión en los aspectos exteriores y formales de la misma, en los incidentes funcionales de su mecanismo. Entre éstos se cuentan la autonomía universitaria y la gratuidad de la enseñanza.

No sé si me he explicado bien, y trataré de hacerlo mediante un ejemplo comparativo. Todo el mundo reconoce al pueblo inglés como modelo de demócrata. Se puede apostar diez contra uno a que un policía inglés jamás se saldrá de sus atribuciones. Frente a ello, ¡qué disciplinado respeto para el policía! Parece casi un terror engendrado por la tiranía. Un ademán de su rollo basta para que se haga el silencio y se paralice el movimiento a su alrededor. En cambio, podemos apostar ciento contra uno a que un policía venezolano alguna vez abusará de su autoridad. Pero en venganza, a menudo le faltamos el respeto descaradamente: discutimos con él, si nos es posible desobedecemos sus instrucciones, y lo miramos con una mezcla de burla y de rencor. A esto último es lo que llamamos espíritu democrático. Del mismo modo, para acallar el gusanillo de la conciencia que nos dice que la educación en Venezuela está todavía en pañales, para desechar la idea de nuestro analfabetismo, de nuestra falta de preparación técnica y de nuestra ausencia de disciplina colectiva, nos embriagamos con el pensamiento de que los estudiantes venezolanos, gracias al régimen de la autonomía, tienen derecho a intervenir en la marcha de la universidad en una medida no alcanzada por ningún otro país del mundo; y de qué todos los ciudadanos venezolanos, gracias a la gratuidad de la enseñanza superior, tienen el derecho de profesar carreras liberales, con una facilidad no alcanzada por ningún otro país del mundo. Esto nos hace sentirnos los más demócratas del mundo.

El principio de la autonomía universitaria no es un postulado democrático, sino una teoría educacional; no va necesariamente unida a ningún credo político progresista o revolucionario. Ha sido indistintamente bandera de partidos liberales y conservadores. Es más: con mucha frecuencia lo fué de los últimos cuando, a raíz de una abrumadora victoria de sus contrarios, se han sentido amenazados por un largo alejamiento del poder, y han fomentado entonces la autonomía de las universidades en la esperanza de retener ciertos valiosos reductos para la oposición; muy valiosos, en efecto, como que en ellos se forman los cuadros de dirigentes intelectuales que en el futuro habrán de influir poderosamente en su recuperación. Para ello, cuentan con el instinto de rebelión de la juventud. A menudo, la autonomía universitaria no ha significado más que esto: un foco de contradicción al régimen imperante. Si el gobierno es reaccionario, la universidad es revolucionaria; si el gobierno es liberal, la universidad es reaccionaria.

Si rastreamos sus orígenes, tampoco se encuentra en la autonomía universitaria ninguna implicación democrática. A decir la verdad, tiene una raíz feudal. En los últimos siglos de la Edad Media existió en numerosas universidades europeas un sistema de autonomía docente y administrativa, y también de participación de la masa estudiantil en el gobierno del plantel, todo ello encuadrado dentro del régimen corporativo de la sociedad, en muchos puntos similar a lo que se preconiza ahora en Venezuela. Durante el siglo pasado la idea fué agitada de nuevo por educadores

en Francia y Alemania. En las dos primeras décadas de nuestro siglo tuvo nueva resonancia en América con el movimiento llamado "de reforma universitaria", cuyo foco principal estuvo en la República Argentina; dirigiéndolo, se destacaron varias figuras que alcanzaron prestigio continental, veneradas todavía hoy, pero con disminuída vigencia intelectual.

Aunque en alguna ocasión se haya tamizado de significación social, el movimiento, lo repito, fué siempre una tesis pedagógica y educacional, no un postulado político. Como tal tesis pedagógica, ya ha sido hace tiempo revisada y desechada, como sucede a diario con infinidad de otras teorías que nacen en ese campo de la ciencia; hace tiempo se abandonó la idea de la autonomía universitaria en casi todo el mundo. Venezuela y México son de los pocos países que la mantienen. En México, el resultado ha sido el foco de oposición reaccionaria de que hablé antes. En Venezuela, los resultados los tenemos a la vista.

Ya apuntamos de paso que la cuestión se puede descomponer en facetas distintas, o, mejor dicho, en grados sucesivos de desarrollo: 1º autonomía administrativa; 2º autonomía docente de la Universidad; y 3º ingerencia de los estudiantes en ese doble gobierno autónomo. Los primeros aspectos todavía son aceptables, e involucran cierto sentido democrático. El tercero, sobre todo la intervención del estudiantado en el aspecto docente, es a todas luces inadmisibles. Con la hipersensibilidad democrática a que aludí antes, nosotros en Venezuela nos hemos lanzado a este extremo vicioso.

La autonomía administrativa y docente es obvia en los países anglosajones, en los que la educación superior se imparte principalmente a través de instituciones privadas; pero es absurda en países como el nuestro que se atienen a la fórmula francesa: la universidad sostenida por el Estado. Si éste invierte en ella los dineros públicos, tiene también derecho a regentarla. Con la misma razón los telegrafistas podrían exigir la autonomía de ese servicio público, y el privilegio de dirigir ellos el sistema de comunicaciones, de asignarse a sí mismos sus sueldos y de establecer las tarifas para el público. La razón que se alega es que si no hay autonomía la universidad se ve intervenida por la política gubernamental. Teóricamente, la tesis cae por su base, puesto que siendo el Estado (teóricamente, lo repito) emanación de la voluntad popular, es justo que la voluntad popular se exprese a través de la universidad, como a través de cualquier otro departamento público, en la forma que crea conveniente. En la práctica, vemos que al plantel sustraído de la influencia política del Estado, mediante la autonomía, se convierte en fácil presa de la influencia política de los partidos, sobre todo los de la oposición. Como esta última se ejerce a través de la masa, es decir, a través del número, puede ser evitada en gran medida alejando a los estudiantes, cuyo número es siempre grande, de toda ingerencia en el régimen administrativo y docente. Por otro lado, la influencia política del Estado sobre la universidad es contrarrestada por organismos e instituciones que él mismo se crea, consejos técnicos, escalafones, provisión de cátedras por concursos, etc., y por las reglamentaciones y legislaciones que se le impone. Es por medio de tales instituciones como se logra el perfeccionamiento del plantel. La lucha por una reforma universitaria en una verdadera democracia se libra en el parlamento, en los partidos, en el gobierno, en la prensa, en la opinión pública; en ningún caso se justifica que la universidad misma se convierta en teatro de esa lucha, ni que los estudiantes sean sus generales, capitanes y soldados.

El propio sentido común dice cuán absurdo es que se llame al estudiante a intervenir en la dirección del sitio donde estudia. Es como llamar al soldado a que colabore en el mando del ejército. Peor aún: es como llamar a los pasajeros a que tomen parte en la conducción del buque. Es de suponer que el capitán y los marineros, que saben su oficio, los puedan llevar con mano firme a través de mares borrascosos a un puerto seguro. La adolescencia y la primera juventud son, ciertamente, borrascosos mares; el grado y la borla doctoral son el codiciado puerto; pero ninguna técnica humana es tan complicada, tan difícil, tan delicada, necesita estar encomendada a gente tan experta y sabia, como la docencia; sobre todo la de una universidad. El co-gobierno de ésta por los estudiantes tendrá que traer como resultado pedagógico el desplazamiento de los profesores más severos, sean buenos o no, por los más tolerantes, sean buenos o no; como resultado psicológico el infatuamiento y la irrespetuosidad de esa juventud a quien se ha colocado mano a mano con sus mayores.